

La novela comienza en un prosa-tíbulo con un enfrentamiento entre los dos hermanos de Teresa, Rodrigo y Pedro, por el amor de una morisca. Asiste a la escena final y desde ese mismo momento vivirá con tanta atención como incompreensión otras muchas pasiones terrenales, tanto ajenas –la de su amiga Irene por Rodrigo; la del pecador sacerdote, padre de ocho hijos ilegítimos; la de su hermano Pedro por la citada morisca– como propias, en las que su desinterés por el amor físico se observa en su relación con don Diego y con Andrea, la novicia «más bella y de mejor humor». En ambos casos la mundana turbación del sexo se transforma en su necesidad interior de estar más cerca de Dios.

Sender se siente atraído por la especial sensibilidad de Teresa, le interesa sobremanera su absoluta ignorancia de la carne como deseo, como materialidad que convive con un anhelo de trascendencia, pero nos la muestra en continua duda: «¿Dónde está el alma? ¿Dónde está Dios? ¿Dón-

de?» Las preguntas se suceden, la inquietud crece, la duda aumenta: «¿Y Dios? ¿Dónde está Dios? ¿En el amor de los demás? No había amor...».

Sus habilidades narrativas son muchas, destacaremos en especial el recurso de la elipsis junto con el cambio del punto de vista: cómo pasa de un narrador objetivo consciente de la «leyenda» de la santa a asumir su voz y adentrarse en su conciencia, tratando en todo momento con especial delicadeza sus sentimientos.

En esta novela histórico biográfica Sender nos muestra su simpatía por un personaje femenino de gran atractivo poético y personal, al tiempo que aprovecha para lanzar agudas críticas a ese pasado «glorioso» de una España donde no se ponía el sol y contempla el mundo con su particular perspectiva fundada en el amor, la fraternidad y la libertad.  
–JUAN VILLALBA SEBASTIÁN.

Ramón J. Sender, *El verbo se hizo sexo (Teresa de Jesús)*, Huesca, Contraseña, 2022.

## Correo de Babia

**E**N 2016 Miguel Sánchez-Ostiz vivía en Arraioz, un pequeño pueblo del norte de Navarra. Para que nos hagamos una composición de lugar él mismo nos dice

que desde las ventanas de su estudio ve el monte al frente, y a la derecha la iglesia del pueblo al final de una cuesta, y el frontón, de donde le llegan campanadas, gritos de jugado-

res, ruido de pelotazos y aplausos. A los lectores de Sánchez-Ostiz este ambiente nos resulta familiar desde que leímos, hace ya un buen pico de años, su primer diario baztanés, *La casa del rojo*, y novelas como *El corazón de la niebla* o *Zarabanda*, ubicadas en el valle de Humberri, que es y no es el Baztan, lugar fronterizo a cuyo paisaje, vivido con intensidad y fatigado a conciencia, el escritor navarro le ha dedicado algunas de sus páginas más hermosas, sin ocultarnos que tras la postal idílica el valle esconde un trasfondo turbio.

*Ahora o nunca* es su diario de 2016, un año de balance vital e intelectual para un escritor que, con sesenta y seis años cumplidos y habiendo publicado más de sesenta libros, siente que está en las puertas de la vejez y que «hagas lo que hagas llevas tu pasado arrastrando». Pero, consciente de que el tiempo se acorta, se lanza a escribir sin red, sin freno y sin coraza, aunque la fuerza y la fortuna no siempre le acompañen.

El diario es, por su propia naturaleza, un género melancólico, y sin duda este lo es en grado sumo. Hay en sus páginas mucho de recuento: recuento de amigos ausentes (como Carlos Pujol), recuento de amputaciones («cuando vengo a París busco los escenarios de lo ya vivido para comprobar que nada está en su sitio», escribe), recuento de batallas perdidas, recuento de errores cometidos, recuento de libros leídos (y amados, como el *Lord Jim* de Conrad), recuento de libros escritos (ve-

mos cómo le asaltan los recuerdos, algunos venenosos, de sus novelas: *La quinta del americano*, *La caja china*, *Un infierno en el jardín*, *En Bayona*, *bajo los porches...*) y recuento de los libros por escribir o por publicar, como *Chuquiago* y *Cirobayesca boliviana*.

Igual que en *Rumbo a no sé dónde*, su diario de 2015, Sánchez-Ostiz sigue acogiéndose «a esa figura del que huye de la oscuridad con una sábana sobre la cabeza y haciendo la higa con ambas manos», figura pintada por Goya en su *Vuelo de brujas* y que simboliza la actitud bastante gamberra y bastante suicida de un escritor que escribe desde los márgenes y a tumba abierta, poseído por una pulsión devoradora.

Así pues, más que de humor vagabundo, estas de 2016 son notas de humor sombrío derivadas de la fuerte depresión que sufrió a principios de aquel año a consecuencia de una complicada situación familiar y personal. Son muchos los días borascosos consignados en estas páginas, y es que hasta el mal tiempo parece perseguirle vaya adonde vaya: a París, a Bayona, a Pamplona, a Zaragoza... Por momentos recuerda a aquellos personajes de los cómics y de los dibujos animados que llevaban siempre sobre sus cabezas una nube negra que no paraba de lloverles encima.

Tres son los sucesos principales que marcaron para Sánchez-Ostiz aquel año. Por un lado, la muerte de su suegra y el internamiento en una residencia de su suegro. Por otro, el

caso de los jóvenes de Alsua acusados de agredir a unos guardias civiles en una madrugada de copas y truenos. Y, finalmente, la reedición de *Las pirañas*, novela de 1992 (sí, de 1992, el año del autobombo hispanico y de los fastos triunfales, de los que Sánchez-Ostiz se desmarcó, y de qué manera, para situarse en otra parte, lejos, como Chirbes) que supuso un antes y un después en su obra pero también en su vida, y cuya relectura, veinticinco años después, en vistas de su reedición, le revuelve algo más que el estómago.

Sánchez-Ostiz escribe sin parar («la escritura es mi único asidero, una forma de combatir este tiempo negro») y lee sin descanso. Lee a Michel Onfray, a Nicolas Bouvier, a Umbral, a Chesterton... Escritores que le espolean y en los que se reconoce. También ve mucho cine, sobre todo películas francesas. Un cine, el francés, que ha ejercido una notable influencia en su obra.

A Miguel Sánchez-Ostiz se le agría el carácter con facilidad y hay mucha matraca quejumbrosa, muchos exabruptos, rabieta, ajustes de cuentas y pataleos en plan capitán Haddock en este diario, que oscila entre la crónica personal y la crónica social y política. «Utilizo el diario como consuelo barato que nada remedia ni consuela», escribe, pero qué consuelo espera encontrar en los comentarios despectivos que dirige a Dolores Redondo y a Gabriela Ybarra, se pregunta uno. Tampoco resul-

ta comprensible que lamente haber publicado *La calavera de Robinson* en Alberdania cuando recientemente, en 2022, ha publicado en la misma editorial *Emboscaduras y resistencias*. Sánchez-Ostiz se ve a sí mismo como un jabalí, arremetiéndolo con sus colmillos contra armas más poderosas... Toda esa rabia, toda esa furia y todo ese resentimiento los vuelca en su diario sin medir las consecuencias. Por mucho que uno se ponga en la picota, y Sánchez-Ostiz, todo hay que decirlo, es tan poco indulgente con los demás como consigo mismo, un diario literario es, básicamente, un ejercicio de narcisismo intelectual.

Miguel Sánchez-Ostiz o la escritura que no cesa, un torrente que se lleva por delante todo lo que encuentra a su paso, aunque también a veces se remansa. Hay páginas magníficas en este libro. Las que dedica a sus callejeos parisinos; las que dedica a la ciudad de la fantasía, a la literaria ciudad de sus sueños, *Biargieta*; las que dedica al roble solitario que ve a diario en sus caminatas por los montes de Arraioz; las que dedica al pintor zaragozano Natalio Bayo, al que le une una antigua y entrañable amistad y por quien siente una verdadera afinidad electiva... En estas y otras muchas páginas de este libro brilla el enorme escritor que Miguel Sánchez-Ostiz es. —JULIO JOSÉ ORDOVÁS.

Miguel Sánchez-Ostiz, *Ahora o nunca*, Sevilla, Renacimiento, 2022.